

John y la danza del sol: calentando el otoño con una sonrisa

Una mañana, Europa parecía un calcetín viejo mojado: cielo gris, viento frío y los transeúntes haciendo pucheros como si les hubieran robado el chocolate caliente. Pero entonces llegó John desde Yaundé, sin abrigo ni paraguas, sonriendo como si acabara de pasar sus vacaciones al sol. Llevaba un llamativo taparrabos, sandalias y un pequeño tambor en la cadera: un auténtico rayo de sol.

Primer choque cultural: John cruza la calle sin paraguas bajo una ligera lluvia, dejando que el viento le despeine el afro. «¡Hola familia!», gritaba a cada transeúnte helado, que le miraba como si hubiera perdido la cabeza. Una señora, envuelta en tres capas de lana, se atrevió a preguntarle: «Pero... ¿no te estás congelando, con este frío?». John se echa a reír y toca el tambor: «¿Frío? Eh, ¡es el aire acondicionado natural de Yaundé! Sólo tienes que moverte un poco».

Sin previo aviso, se pone a bailar en la acera, golpeando el tambor cada vez con más fuerza. Poco a poco, los transeúntes se detienen, primero sorprendidos, luego divertidos. Una abuelita se atreve a dar palmas, un señor trajeado empieza a mover las caderas y, en un abrir y cerrar de ojos, ¡se monta una auténtica escena de locura bajo la lluvia!

Entonces, para rematar, John les dice: «Bien, ahora, para calentaros, ¡vamos a bailar la danza del sol! Todos saltan, agitan los brazos y gritan «¡hey ho!» como si estuvieran en una película. Los coches se paran, los conductores tocan el claxon y un policía saca su teléfono para grabar la escena.

El resultado: no apareció ni un rayo de sol, pero la grisura había desaparecido. John acababa de inventar la primera «fiesta de otoño» improvisada, con nada más que una acera empapada, un grupo de desconocidos que se habían hecho amigos y una risa colectiva que valía por todo el calor del mundo.

Y como dice el proverbio africano

«Cuando tienes el sol en el corazón, no importa lo nublado que se ponga, al final siempre gana el calor».